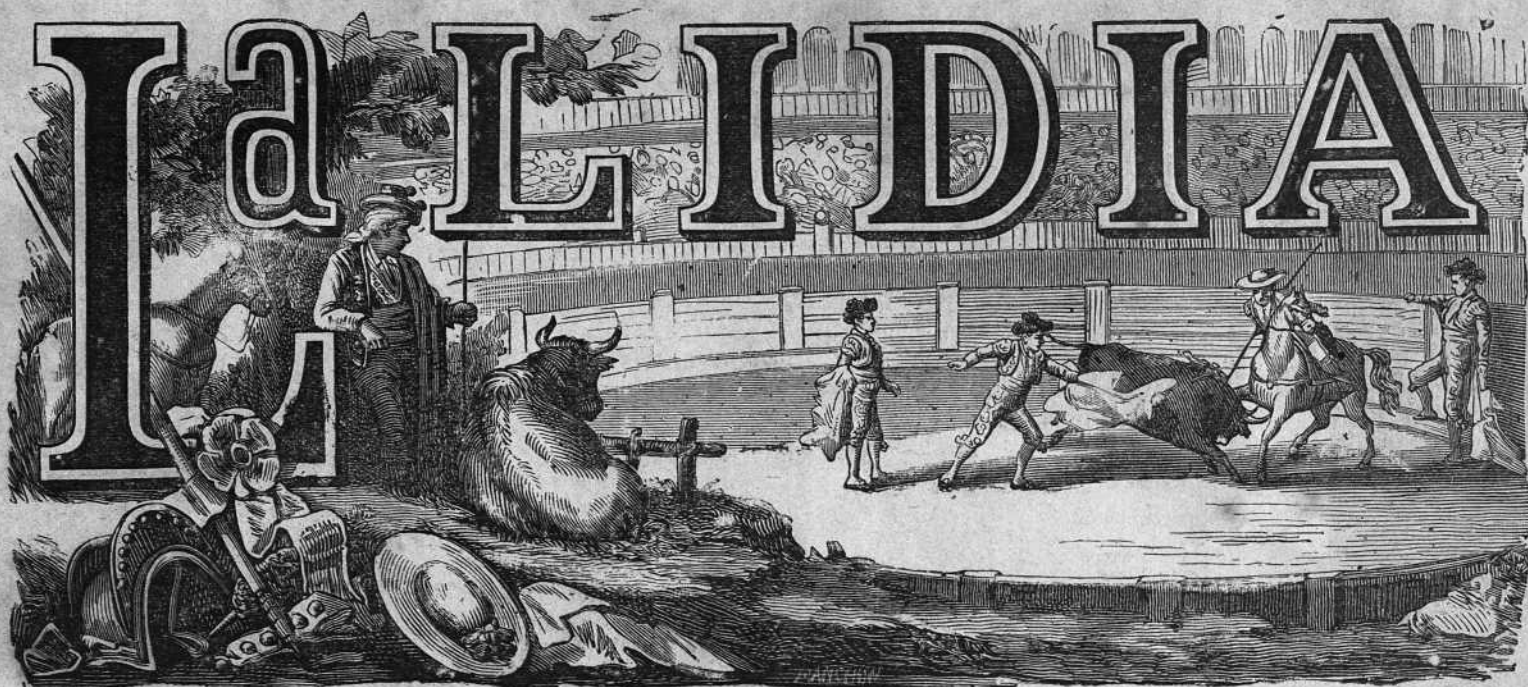


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Advertencia.—Nuestro dibujo.—La corrida del lunes, por Don Jerónimo.—La semana.—Toros en Madrid (2.ª corrida de abono), por Don Jerónimo.

ADVERTENCIA.

La tirada de 16.000 ejemplares de nuestro número correspondiente al lunes último, 9 del actual, se agotó á las pocas horas de haber salido á la venta. Se lo advertimos á nuestros corresponsales para que suspendan todo pedido hasta que quede rehecho el número.

NUESTRO DIBUJO.

Suerte de la lanzada á pie.

La lanza debe tener de tres y media á cuatro varas de largo, y su grueso ha de ser el de tres pulgadas de diámetro por la parte superior, y como unas cuatro por la inferior, colocando en aquella una cuchilla de casi una tercia de largo con la anchura correspondiente.

Para ejecutar esta suerte de la lanzada, no es necesario tanto la habilidad, como el valor. El torero que la haya de emprender, se situará en frente de la puerta del toril, á distancia de seis varas de ella; hincará la rodilla derecha en el suelo, abriendo en el mismo un hoyo en que estribe el regatón ó pie de lanza, sujetándola con las dos manos, cuidará de que quede elevada por la parte superior como unas tres cuartas y media, ó lo que es lo mismo, debe dirigir su puntería á la misma frente del toro, que es precisamente el principal requisito de esta suerte (vease la lámina XXVII.)

La operación no dexa de ser peligrosa é incierta; por lo que en todo evento, convendrá tener al lado una capa para libertarse del toro en caso que este no quedando clavado intente acometer.

(De la Tauromaquia de Pepe Illo.)

LA CORRIDA DEL LUNES.

1.ª CORRIDA DE ABONO.—9 DE ABRIL DE 1888

EL GANADO.

Pertenecía á D. Felipe de Pablo; la ganadería, según dijeron los cañales, es oriunda de la del Duque de San Lorenzo.

El primer toro, hermosísimo animal ensabanado, capirote y botinero, de libras, fino, gran lámina y bien colocado, salió asombrándose de las tablas, se rehizo algo, tomó seis varas, dió dos caídas y acabó desafiando, después de haber vuelto dos veces la cabeza.

El segundo, aunque algo tardo al partir, por haber sido despiadadamente rajado, hizo gran pelea; entró doce veces á los picadores con coraje y poder; dió

seis caídas, mató un caballo y acabó con otro herido por el toro anterior.

El tercero tardeó muchísimo; tomó acosado siete varas, dejó caer en dos ocasiones á los lanceros, y despachó dos jacos.

El cuarto, tardo y de poder, fué asimismo acosado por los picadores; tomó de ese modo hasta 10 varas, propinó cinco tumbos y mató un caballo.

El quinto, blando y topón, tomó seis varas rebrincando, y acabó volviendo constantemente las ancas.

El sexto y último, pequeño y sin cuernos, pero muy cuajado, fué el mejor de los corridos. Bravo, duro y de poder, se arrancó á la caballería 13 veces, dió cuatro caídas y dejó sin vida á cuatro jacos.

En suma, toros muy desiguales; bueno el segundo, superior el sexto, malo el quinto, y muy medianos los demás. A no haberles acosado, dejándoles caer los caballos encima y entregándolos sin conciencia, no hubieran tomado la mitad de varas, y alguno (por no decir algunos), hubiese sufrido los horrores del fuego.

Como ganado bonito, fino y bien criado, no pudo pedirse más, dada la estación. El primer toro era una res estupenda; pero, como cuernos, fuera de dicho primero y del quinto, los toros se dejaron los pitones en casa, lo cual siempre es una ventaja para los egregios matadores que pueden confiarse al meter el brazo, y herir á pedir de boca. Y como el público no repara ya en bicocas tales, pasa por grande lo que es chico, en realidad, y *tutti contenti*.

LOS MATADORES.

Rafael.—Su primer toro llegó á la muerte hecho un borrico, pero un borrico con cara de respeto. Rafael lo toró con frescura siempre y agarrándose al suelo quieto y bien, pero á la hora de arrancar lo hizo siempre cuarteando, según costumbre; y como el animal, de puro quebrantado, se embebió y no prestó ayuda alguna al sentirse herido, la salida fué precipitada, y el estoque cayó en mala parte. Un pinchazo en hueso, una estocada perpendicular é ida, otra ida y tendida, y un descabello á la primera, dieron cuenta del animal, y valieron algunos aplausos á Lagartijo.

Para acercarse á su segundo toro, hubo necesidad de que la gente cordobesa menudease los capotazos. Para qué? Para que una vez colocado Rafael delante del enemigo, lo dominase por completo y se apoderara de él con un trasteo admirable, que tuvo una parte poco menos que inadvertida por el público, y que debió valer al abuelo grandísima ovación.

Bravo el toro, celoso y noble, hubo un momento en que encelado con la muleta, quiso comerse al matador, acosándolo con codicia creciente y arreatándolo su terreno. Lagartijo, ceñido, valiente y dueño absoluto de sí mismo, luchó de poder á poder; libró las acometidas con pases forzados de pecho en un palmo de terreno, fija la vista en el animal y sin tiempo material de rehacerse, hasta que paró al toro aseado por el castigo. Fué aquel incidente lo mejor que hubo en la corrida, porque se vió á un torero inteligente y maestro, poner en juego la serenidad, el valor y el entendimiento en apurado trance, cuyo mérito no pudo ver el vulgo ciego. Así es que lo que debió haber provocado una ruidosa explosión de entusiasmo, alcanzó tan sólo algunos aplausos. *Sancte Villamelon; ora pro nobis!*

Cuanto á la estocada hasta la mano, caída del lado contrario, con que Rafael se quedó con el toro, esa proporcionó al diestro una ovación.

Cuando Rafael se arrancó á matar, estaba el animal adelantado y humillado. Si hubiese ocurrido un perance, todos hubiesen hecho constar la circunstancia y atribuido á ella el desavío; pero como no ocurrió nada, *conticuere omnes*, nadie dijo esta boca es mía, y la estocada pasó como una gran cosa, sin serlo, ni mucho menos.

Herir por lo alto y entrando derecho á un toro adelantado y con la cabeza baja, es sufrir una cogida segura, inevitable, matemática. Júzguese de qué calibre sería la cogida si el matador hundiese el estoque hasta la bola en el lado contrario, como lo hizo Rafael. Y júzguese á la vez si hay que cuartear y dejar pasar la cabeza para herir sobrado á un toro tapado y sin igualar, y salir ileso de la suerte.

Que la estocada de Lagartijo revela su pasmosa habilidad para herir así, entrando en semicírculo, y que fué de gran efecto y de resultado inmediato y brillante, conformes; pero que entró corto y derecho, y no como quien pone una banderilla de sobaquillo, eso no lo diremos jamás nosotros, mientras estemos persuadidos de haber visto lo segundo.

Lo que diremos siempre, es que mientras veamos á Lagartijo trabajar con la fe, la frescura y la oportunidad que ha demostrado en las tardes del 8 y del 9, le aplaudiremos de todo corazón. No nos importa á nosotros que pinche poco ó mucho, en general, con tal de verle en la cara de los toros, bregando sin huir y dando á las reses ese toreo especial que conocemos todos al dedillo. Es cuanto puede exigírsele á Rafael, y cuando los villamelones no vean lo que Lagartijo hizo con el cuarto toro, en aquel incidente de todo punto admirable de su toreo de muleta, seremos los primeros, y quizá los únicos en hacerlo constar y en entusiasmarlos y en aplaudir.

En el tercer toro hizo un quite á punta de capote, en una caída al descubierto, que le valió justa y prolongada ovación. De la dirección de la lidia, hablaremos más tarde.

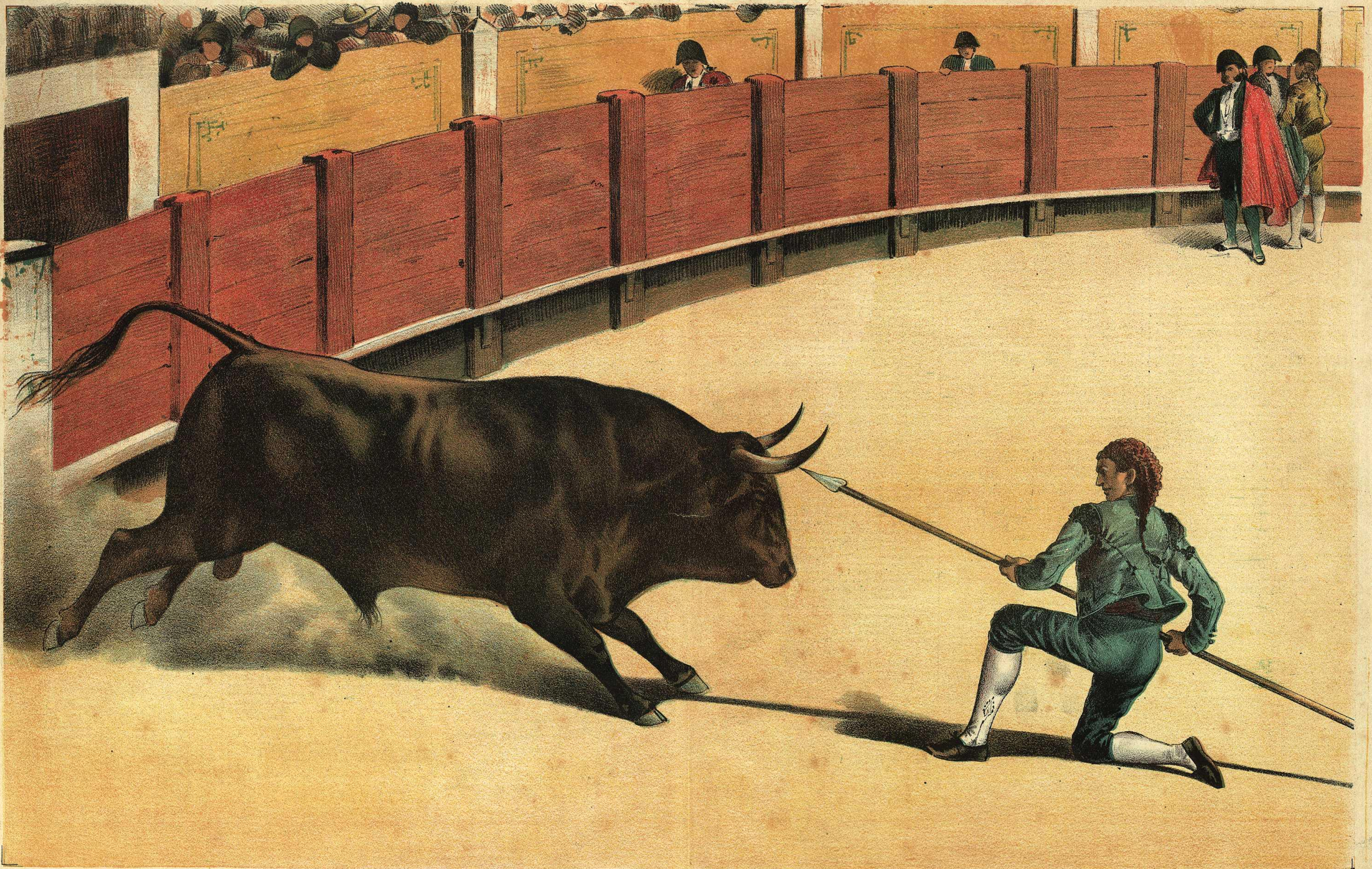
Hermosilla.—Guapo, muy guapo, y fresco y ceñido, y digno de aplauso y de estímulo con la muleta, y arrojado también, generalmente, aunque con menos fortuna estoqueando. Le tocaron dos toros bravos y nobles, pero con gran poder en las piernas; el segundo que le tocó matar estaba entero, y tenía abundancia insólita de pitones para estos tiempos.

Hermosilla toró á los dos con gran desahogo y extraordinaria bravura, estrechándose con ellos y castigándolos bien; al arrancar, lo hizo siempre á paso de banderillas, y si en la estocada algo sesgada con que dió fin al quinto toro, volvió el matador la cara, hay que tener en cuenta que figuraba como segundo, tiene pocas pretensiones, y volver la cara hiriendo á un toro entero, es pecado venial, sobre todo, si no se repite.

El caso es que Hermosilla quedó bien, y que, á pesar de haber necesitado para matar su primer toro una estocada contraria y cruzada, un metisaca, una corta alta y otra á un tiempo baja y ladeada, el público se mostró benévolo, y no dejó de aplaudir alguna vez al matador. Conforme vaya toreando, tendremos ocasión de señalar las buenas cualidades y los defectos más salientes de Hermosilla.

Guerrita.—Le tocó, en su primer toro que llegó á la muerte receloso y cobardón, el hueso de la corrida. El muchacho no necesita que le quebranten los bichos á capotazos antes de tantearlos con la muleta, ni pide cirneos cuando los está toreando.

LA LIDIA.



Solo, completamente solo, trabajó al enemigo pa-sándolo con movimiento, pero fresco y valiente, y manifestando unas prisas de matar, que hicieron precisamente pesada la faena. Un pinchazo en hueso, arrancando, una estocada corta y caída y una baja, entrando atropelladamente, estando el toro adelantado y contraquerencia, compusieron el trabajo del estoque.

No basta que un toro se iguale á las primeras de cambio, para arrancarse á matar, si no está suficientemente castigado, y el matador no quiere para nada la ayuda del adversario. Un toro reservón como era el primero que tocó matar á Guerrita el lunes, necesita ser toreado en condiciones que lo aplomen lo bastante para tener la seguridad de que deja llegar al embroque sin moverse. Cuando no se hace esto, se apela al cuarteo y se pincha pronto, pero mal, que es lo que hizo Guerrita. Además hay que ir parando al cruzar los brazos y no herir á la carrera, que con esto último se va derecho al paso de banderillas, que hoy pasa por volapié neto para los villamelones.

En su último toro, que era un animal acosón, Guerrita se dejó pisar el terreno con frecuencia, por su vicio de retirar la muleta por bajo con un golpe seco de muñeca, y después de media estocada arrancando, de la cual salió atropelladamente, clavó una gran estocada en la cruz (la mejor de la tarde), pero incurriendo en el feo vicio de volver la infantil fisonomía. Dejemos estirarse al muchacho, y apuntemos como incidente excepcional lo de volver la cara, porque si el caso se repite, habrá que comentarlo despacio, y Guerrita es demasiado pundonoroso y valiente para hacer perder esperanzas á sus muchos admiradores.

LA LIDIA.

Un horror. Parecía la Plaza de Toros de Madrid un redondel de caballitos del Tío Vivo. Si torear es marear á las reses á fuerza de capotazos diestros y siniestros (siniestros sobre todo), y convertir la lidia en una orgía de percal, las corridas del domingo y lunes han sido ideales por tal concepto. Rafael, como director, no existe; allí cada cuál hace lo que le da la gana, y hasta los monos sabios se permiten, como sucedió en la lidia del segundo toro de la corrida del lunes, arreglar á su antojo los turnos de los picadores, entrar á la cara de los toros llevando los caballos del diestro y hacer quites, interponerse entre los peones y entregarse á una serie de repugnantes excesos, de los cuales incumbe la responsabilidad, más que á Lagartijo, á los concejales que presiden el espectáculo, ya que el público no se determina á hacer entrar en razón á esos procaces é insoportables dependientes de la Empresa. Y basta por hoy, que otro día hablaremos más largo sobre el particular.

LOS BANDERILLEROS.

Mojino oscureció á todos entrando á parear por el lado derecho con su incomparable holgura y guapeza. Se llevó las palmas de la tarde. Los toros llegaron al segundo ercio reservones y con poder.

LOS PICADORES.

Dos buenos puyazos puso Fuentes; lo demás, cantata núm. 25; entrar terciado, enseñar diez varas de castigo y agarrarse á las tablas, ó echar los caballos á la cabeza, entregarlos santamente y á cobrar.

LA PRESIDENCIA.

Muy acertada en todo.

LA ENTRADA.

Inverosímil por lo floja, tratándose de la primera corrida de abono.

D. JERÓNIMO.

LA SEMANA.

La naturaleza atarecida.—El *maestro* Ferreras.—Estragos en la indumentaria.—Indumentaria poética.—Posturas dialécticas y cuernos.—El eclipse de *Sobaquillo*.—Cávia y *El Liberal*.—Un par de frente.—Palmas.

El frío, en vez de disminuir, arreció el lunes 9 del actual, día en que se verificó la primera corrida de abono.

La naturaleza está atarecida y no tiene el caso nada de particular. Quién no se atrece leyendo las lucubraciones tauróforas del ilustre *maestro* Ferreras?

El domingo 8, se inauguró la temporada taurina, y empezó *El Correo* á lidiar en su *Balance del día* á la Gramática Castellana.

Y salió el *maestro*, se colocó delante del bicho, y largó, entre acosones, arrollamientos, achuchones y embroques, la mar de golletazos.

El primer bajón, fué de los que immortalizan á un diestro. Las corridas de toros producen estragos evidentes en la indumentaria.

Oh maestro indumentario,
conspicuo y gran Ferreras!
Oh caso extraordinario
de guilladuras fieras!
Potente y sin mancilla,
ahora y en adelante,
das siempre la puntilla
al habla de Cervantes.
Tú pegas á los toros
y pegas al idioma;
derrochas los tesoros

de tu magín de goma,
poniéndonos á todos
cual digan indumentos,
hablando por los codos
en esos esperpentos
que llamas tú *Balances*,
balances, vive el cielo
de insólitos alcances,
que dan el gran camelo,
do anida el solecismo
y ensalzas lo campestre
y rompes el bautismo
con tu charlar pedestre.
Adiós, indumentaria,
la gente de mistó
te aclama maestro de o-
bra prima literaria.

Después de este estrago en la *indumentaria* poética, estrago que corre parejas con los que el *Balance del día* del *Correo* produce en los indumentos de la política y de la sociedad, no hay sino adoptar una *postura dialéctica*, dedicar un recuerdo á la cantidad de cuernos que, dice el *maestro*, floreció en los tiempos de Carlos IV y Fernando VII, y pasar á otra cosa.

**

Un acontecimiento ha sido que se ha comentado mucho y sigue comentándose, el eclipse que las revistas de toros de *Sobaquillo* han sufrido en *El Liberal*. Conocemos las causas al dedillo después de oír á las dos partes, y como no nos gusta atizar el fuego, y creemos firmemente que *El Liberal* y *Sobaquillo* deben vivir juntos, tanto más, cuanto que el incidente que ha dado margen á la ruptura, no debe ser de los que separen para siempre á dos amigos, abrigamos la firme convicción de que la *bouderie* no tendrá consecuencias, y de que las cosas volverán en breve á su primitivo estado.

Admiradores sinceros del popular escritor, deseamos por egoísmo que las asperezas desaparezcan, y con nosotros lo desean seguramente todos los que saborean los chispeantes trabajos literarios de Mariano de Cavia en *El Liberal*.

Seamos francos; en nuestro humilde sentir, el diario de la calle de la Almudena es la tribuna más adecuada al temperamento de *Sobaquillo*. Tiene *El Liberal* gran circulación, numerosísimos devotos, y eco poderoso en la opinión pública; y la nota que predomina en sus columnas, es la intencionada, punzante y cizañera que tan bien casa con nuestra naturaleza meridional.

La literatura de Cavia, su sátira fina y mordáz, su estilo nervioso y hondo, y su punto de vista siempre oportuno y exacto, tienen en *El Liberal* un púlpito irremplazable en nuestro concepto.

Cantemos, pues, la romanza *Ritornelá*, y háganse las paces. Si ha habido *salidas en falso*, cámbiese al toro de terreno, refréscquese un poco, y... á la cabeza á poner un par de frente.

Nosotros, por nuestra parte, nos disponemos á tocar gozosos las palmas.

D. JERÓNIMO.

Toros en Madrid.

2.ª CORRIDA DE ABONO. 15 DE ABRIL DE 1888

Bendito sea por siempre y alabado Su Imperturbabilidad el Gobernador civil de la provincial! Qué primera autoridad tan superior! No nos la merecemos.

El sábado llovió por la mañana, por la tarde y por la noche. El domingo llovió también por la mañana, y por la tarde. Los aficionados esperaban á las tres, hacinados en el despacho de billetes é inmediaciones, que la corrida se suspendería. Y no se suspendió, y se verificó con acompañamiento de agua, viento y frío.

Los matadores reconocieron el piso de la Plaza, si señor; y parece que se mostraron satisfechos. Pero por qué no reconocieron á la vez el piso de los tendidos? Por qué no colocaron allí sus augustas *talegas* y echaron una sentadita, para ver si el asiento ofrecía seguridades contra reumatismos y otros excesos?

Por lo visto, aquí no hay sino ponerse en manos de empresarios y toreros, y dejar al público hecho un guiñapo, y llenarlo de agua y de lodo, como sucedió ayer á los desventurados que tuvieron valor para ir á la plaza.

Qué Gobernador civil! Parece que lo hipnotiza en los días de toros el *maestro* Ferreras!

EL GANADO.

Se corrieron toros de los Sres. Arribas hermanos.

El primero fué un buen toro, cárdeno averdagado, buen mozo, bien armado, bravo y certero. Se coló suelto una vez, hizo seis entradas á la caballería, dió tres tumbos de primera y despachó cinco caballos. El castigo, que como se verá no fué excesivo, le hizo, sin embargo, acabar desafiando.

El segundo fué un choto negro, blando, topón y tardo; tomó ocho varas, propinó una caída y mató un caballo.

El tercero fué blando é incierto, pero hirió bien; tomó seis puyazos y dejó dos jacos en la arena.

El cuarto tomó tres varas rebrincando, y dió otras tantas cornadas á volapié, como hoy debe ejecutarse esta suerte, según los modernos, D. José de la Tixera, es decir, que el animalito entró largo á los caballos y salió por la cola, rozando los costillares de los jacos. En vez de

hacerle el público una ovación, lo condenó al fuego eterno, y no hay más que decir en favor del animalito.

El quinto, voluntario y de cabeza, tomó once varas, dió nada menos que siete caídas y mató tres caballos.

El sexto, bravo y sin poder, aguantó nueve puyazos, dió una caída y mató una acémila.

En suma; fuera del segundo, tercero y cuarto, una buena media corrida de toros. Todos estaban bien armados, menos el cuarto y el sexto; y como carnes y estampa, el primero aventajó, con mucho, á los demás.

LOS MATADORES.

Rafael.—Le dió ayer por echarse fuera al herir más que de costumbre, y por esta razón se deslució por completo en la muerte de su primer toro, y tuvo la fortuna de alcanzar una ovación en el segundo, gracias á una estocada de suerte, cuyas deficiencias cubrió el toro de muleta con que Rafael se preparó para arrancar.

El primer toro era noble y estaba muy quebrantado; no sabemos por qué no se confió Rafael al trastearlo, y usó un toro de defensa y precauciones que no había para qué, tratándose de un toro pesado, pero sin el menor asomo de mala intención.

Una estocada en hueso, dos medias en no muy buena parte, por echarse fuera despiadadamente, y una buena estocada en las tablas, estando el animal completamente muerto, todo ello á paso de banderillas, constituyeron una faena deslucida y pesada, que alcanzó, sin embargo, aplausos de los amigos y ninguna protesta de los adversarios.

Su segundo toro (el foguado), llegó á la muerte boyante y noble. Bastó á Lagartijo ver que el animal tomaba rebrincando, de pura codicia, los capotes de los peones, momentos antes de acercarse el matador, para que desluciera el trazo con la mayor confianza é inteligencia y lo cuadrara, después de dos pases naturales, uno de telón, dos preparados de pecho y otros dos de muchísimo efecto y difícil definición, algo así como un preparado sin rematar, sacando la muleta por debajo de la cara, y describiendo con las manos un movimiento de rotación. En fin, que no los describe nadie, pero que constituyen un adorno lucido, bonito, y de seducción segura.

Después de tan precioso trasteo, como estaba el animal con mucho poder en las piernas, Rafael se arrancó cuarteando y con gran precaución, confiando indudablemente en la ayuda del toro; pero como al llegar el matador á la cara el toro no se movió, resultó forzada la salida y dió por resultado media estocada delantera y perpendicular, disparada á la carrera. Los capotazos de los peones bastaron, sin embargo, para que el toro se echara cansado, y el puntillero tuvo el acierto de afianzarlo á la primera. Una ovación, mojada por la lluvia, premió el trabajo de Lagartijo, á quien, á pesar de lo dicho, hay que apuntar otra buena tarde, como lo hacemos con el mayor placer. Del director de la lidia no hay que hablar, porque es un verdadero horror lo que pasa en el redondel. Véase para eso la revista de la corrida 1.ª de abono y téngase por repetido en ésta.

Hermosilla.—Le tocó en su primero un animal muy descompuesto, con muchos pies, y que para colmo de desdichas, se puso á desarmar á última hora. El matador pinchó siete veces en todas partes, y sufrió tantos achuchones como pinchazos. Era un toro que hubiera dado que hacer á cualquier *maestro*; y como Hermosilla se contenta con ser *discípulo*, no hay que extremar los rigores, como no los extremó, el público que silbó templadamente al matador.

Este se rehizo en el quinto toro, al cual pasó sólo cuatro veces con gran valentía, clavando después una gran estocada que hizo polvo al enemigo, y valió aplausos al Sr. Manuel.

Lagartija.—Con mucho valor manejando la muleta y arrancándose largo y con paso atrás á la hora de matar. Pinchó cinco veces á su primer toro y tres veces al segundo, y siempre á paso de banderillas, y siempre mal. Veremos lo que el muchacho da de sí en otras corridas.

LOS BANDERILLEROS.

El Torerito y Juan Molina parearon bien, y con palmas el primer toro. Vale más echar un velo sobre lo demás, salvando tan solo á Corito en el primer par cuarteando que clavó el primer toro.

Al poner el Pito el segundo par al quinto toro, fué enganchado, volteado y despedido á gran altura, siendo conducido á la enfermería en brazos. Recibió un puntazo leve en la región lumbar. La premura del tiempo nos impide dar más detalles.

LOS PICADORES.

Una buena vara del Sastre al sexto toro. El Sastre picó de entra y sal. Los de tanda eran Feijóo y Manuel Calderón que, como siempre, se pusieron negros de rajar.

LA PRESIDENCIA.

Muy bien, menos en vacilar tanto antes de condenar á fuego al cuarto toro.

LA ENTRADA.

Superior; estuvimos en familia. Asistieron al espectáculo S. A. la Infanta Isabel y el Archiduque Carlos de Austria, que llamaron al palco regio á los matadores y conferenciaron con ellos brevemente.

Dícese que Rafael preguntó al Archiduque si se criaban boquerones en el Danubio, y que Hermosilla y Lagartija, al ver á su compañero en *postura dialéctica*, se encerraron en un elocvente mutismo.

Oh, *maestro* Ferreras!

DON JERÓNIMO